

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## RINCONES Y CALLEJAS

Lo mejor de Toledo, donde tanto bueno hay que escudriñar, son sus rincones, sus calles angostísimas, pendientes, los recovecos que en ellas favorecen el palique al través de la reja y el furtivo asome de la niña que atisba á su galán; los ángulos de sus plazas desiertas, los pasadizos de sus callejuelas pintorescamente retorcidas, sus patios tranquilos, de un recogimiento monástico. — A Toledo se viene á perder el rumbo y á encontrarse gratamente sorprendido por mil detalles que no se sospechaban: aquí un escudo que blasona una portada, allí una puerta con hierros artísticos, más lejos un balcón cargado de plantas y flores, hecho un verdadero pensil, que esparce y descuelga sobre el ladrillo ennegrecido y tostado por el tiempo la clara verdura de las enredaderas y el vivo colorido de los geranios rojos y rosas.

\* \*

Entremos en una calle: la forman únicamente las altísimas tapias de dos conventos; es decir, de un solo convento, al cual pertenecen los edificios de uno y otro lado, comunicados por medio de un camino subterráneo, que ofrece á la imaginación ancho campo en que espaciarse, fantaseando novelas y dramas. Las tapias son de desmesurada altura; el trecho que las divide, asaz breve; y así metida entre muros, la calle recoge el sol como un horno, y el calor os achicharra los sesos, mientras no llegáis á un rinconcillo benéfico, en que se proyecta sombra. Desde el refugio miráis á las tapias, y lo primero, observáis que no hay ventanas de asome. Las monjas tomarán el aire, si es que lo toman, por algún patio interior; es inconcebible que no respiren, que vivan á oscuras. Pero la idea semítica de la clausura de la mujer no puede expresarse con más elocuencia que por medio de esa pared ciega, que sólo adornan, sin rasgarla, los elegantes ajimecillos mudéjares, dibujados con suprema gracia por medio del ladrillo, y tapiados desde su origen. Allí arriba, sobre el cielo de un azul de añil, se recortan las torres, primorosa obra mudéjar. Los moros batalladores y sus bastardos los moriscos sumisos y cristianizados tienen en el arte una nota distintiva: la de haber prestado dignidad y belleza á materiales frágiles y sin valor. Labrar el mármol, como hicieron los griegos, y asombrar con él á las generaciones futuras, es menos que legarles maravillas imperecederas sirviéndose del yeso y del ladrillo, del humilde ladrillo recocho. Cal, barro — y les basta para alzar un Partenón á los moros. — Lo que sorprende en esas torres de iglesia, de las cuales existen muchas en Toledo, es la maestría en el manejo y colocación del ladrillo. Más que colocarlo, puede decirse que lo modelaban. Los «ojos de buey» ó rosetoncillos, abiertos como flores misteriosas; las hiladas de ajimeces, calados y aéreos; las finas saeteras; las cornisas airoas que rompen la monotonía de la línea y bordan con festón ligero el edificio — todo es ladrillo y ladrillo nada más. La piedra entra en estas construcciones, pero no decora; y entra por modo tan extraño, que merece la pena de consagrarle párrafo aparte.

Me lo hizo notar mi *cicerone*, un respetable canónigo de la Santa Iglesia primada, ferviente admirador de Toledo, con cuyos monumentos y curiosidades hallase identificado hasta tal punto, que lo mira «más que como cosa propia.» En todas las ciudades históricas existe este mismo tipo humano, adherido á las piedras cual el líquen, pegada el alma á las bellezas que tanto conoce. La costumbre, lejos de embotar la admiración, la ha transformado, convirtiéndola en cariño idólatra.

Y nadie explica ni enseña mejor un pueblo que tales apasionados de él, penetrados de su espíritu, y exclusivistas.

— Vea usted — me decía en substancia el inteligente *cicerone* — cómo están construídas estas paredes. A primera vista, y aun fijándose, no parece sino que son obra de un arquitecto loco, que se propuso dar con el edificio en el suelo, apenas terminado. En efecto, la base, hasta más de la altura de un hombre; lo que en todas partes se funda en materiales más sólidos y de mayor resistencia, es aquí *tierra*..., sencillamente *tierra*; nada más. ¡La piedra va encima!

— ¡Tierra! — repetí atónita.

— Tierra. Sobre la franja de tierra, ¡vea usted!, otras franjas de mampostería, separadas de trecho en trecho por doble línea de ladrillos colocados de plano, cuyos cantos se ven por fuera. Y en lo alto, sobre la mampostería trabada con recia argamasa, el ladrillo — y con el ladrillo, nace el adorno, empiezan los ajimeces y las ventanerías, los rosetones y los cornisamentos...

— Pero esa tierra, ¿cómo se sostiene? ¿Cómo aguantará el peso de lo que lleva á cuestas? ¿Cómo no se ha hundido mil veces el convento y las torres y todo lo que vemos ahí?

— ¡Ah! ¡Ese es el secreto de estas interesantes construcciones! El muro de tierra se llama *tapiál*. De él eran las paredes de aquel famoso *artificio de Juan de*, cómicamente descrito por Quevedo, y que hace años fué preciso volar, á fin de que los ingenieros dispusiesen del sitio necesario para ciertas obras. Y cuando todos creíamos que con la voladura iba á producirse formidable explosión, cátese que apenas estalla la pólvora, amortiguada por la resistencia increíble del tapiál. — Y hubo que atacarlo con la piqueta, que apenas mordía, y gastar tiempo sin tasa en deshacer aquellas durísimas paredes...

— Y hoy día — interrogué — ¿sigue construyéndose de tapiál?

— Se construye, pero se desmorona fácilmente. Ellos tenían sus máculas, sus artes para darle á la tierra la densidad del mármol. Sin duda le mezclaban un hormigón especial, algo cuya composición se ignora...

Miré al viejo muro con mayor respeto. Miré ya con interés todos los paredones. En la esquina de la torre de Santo Tomé, noté sorprendida que la pared, lejos de *restar*, como se dice en términos de albañilería, hace saliente en el segundo cuerpo, con el aplomo de una torre que se cree afianzada en anchos sillares, y no en un puñado de lodo cocido por el sol de tantos siglos. Y en el Alcázar — el Alcázar del Renacimiento, que desde lejos parece masa de granito que domina á Toledo con soberbia — observé también la construcción de pedruscos, algo que de cerca parece labor de confitería, tropezones de azúcar ó de dulce sobre un conglomerado de piñonate.

\* \*

Un patio de Toledo. — Zapatas de madera pintadas de verde sostienen el corredor. Las plantas trepadoras, los tiestos de albahaca y clavel, lo alegran. En un ángulo, robusta columna románica, de piedra, del tiempo de los Alfonsos gloriosos, carga con el peso de la escalera. Enfrente, sobre una puertecilla, osténtase un rectángulo de delicadísimo alicatado árabe.

Estos restos admirables se encuentran allí sin que nadie les haga caso: así estaban desde el tiempo de «los padres», y «los hijos» los miran con indiferencia — algún tanto modificada cuando los alaba el viajero.

Entro en el patio sin conocer á los dueños de la casa; me reciben como si me hubiesen tratado toda la vida; son gente modesta, de una cortesía sencilla y natural, hidalga. El marido se parece á los bustos de emperadores romanos que se ven en el Museo degli *Antichi*: cabeza de medalla latina, facciones correctas, grueso, afeitado, grave, afable. La mujer, más vivaracha, recuerda el tipo gitanesco de Sevilla. Me siento en el sofá de paja, pido agua del aljibe, y á mi vista la cogen y me la ofrecen helada, cristalina dentro del limpio vaso. Son semi-árabes, y la hospitalidad les sale por los poros, como hábito de raza, como deber. El patio es fresco, y su traza orien-

tal recuerda las descripciones de Amicis, de otros patios de Argel y Tánger. Aquellos toledanos á la antigua pertenecen de lleno al mundo encantador de la tradición.

El vaso de agua me sabe á gloria, y antes de entrar en Santo Tomé á saludar por décima ó duodécima vez al *Greco*, descanso un rato, muy á gusto.

\* \*

¡El cuadro del Greco! — Como la música de Wagner, que á cada audición despierta y hiere nuevas fibras en nosotros, á cada visita, de año en año, me remueve más intensamente la sensibilidad, no sé si diga artística, porque ese cuadro pertenece á la esfera del *super-arte* y toca en lo sublime místico. — Es un cuadro *de almas*.

¡Y qué almas! — Almas de fuego, de un fuego puro, celeste; almas iluminadas, proyectadas al cielo que las supera y las llama con angélicas voces. — Almas de creyentes, de caballeros, de héroes, de ascetas, de visionarios. San Agustín, que sostiene amorosamente en sus brazos el cadáver ricamente armado de punta en blanco del conde de Orgaz, me impresiona menos que los caballeros que detrás del santo se agrupan, penetrados de tan ardiente devoción. En el santo (magníficamente pintado, quién lo duda) se observa el empeño del artista por crear una figura *noble*, mientras los caballeros son retratos de personas vivas entonces y que tenían esas mismas caras extraordinarias, extáticas, místicas, irradiando claridad y fuerza moral; todo el vigor de una época expresado en unos cuantos rostros. Con verlos quedan explicados los batalladores de Flandes é Italia, los conquistadores del Perú y de Méjico, los arrepentidos Mañaras y Gandías, los enamorados de Teruel, los penitentes del desierto de Bolazque, los piadosos y los heroicos, los humildes y los arrogantes, los firmes en la silla y los arrodillados del reclinatorio, todo lo que nos hizo y nos deshizo, lo que nos dió carácter y sentido en la historia y en la poesía. ¡Qué caras, qué caras idealmente hermosas las del cuadro del Greco!

\* \*

Y al salir de la iglesia, otra vez las calles de Toledo. Un rincón moro, un pasadizo cubierto como todavía deben de verse muchos en Tetuán. Después, el Zoco, ese resto vivo de otras edades, donde la luz eléctrica parece un solecismo, una desafinación que no se perdona. En el Zoco, en las callejas, ante la catedral, dondequiera que pueden instalarse una vieja haciendo media, dos canastos y unas balanzas de anticuada forma, el lindo puesto de fruta. Inundado de fruta, rebosando fruta, queda Toledo. Nota de color para impresionistas. Los melones, de un verde sombrío y aterciopelado, se desparraman por la acera. A su lado amontonanse los melocotones color de paja y carmín; las acerolas del rosa más fuerte; las azofaifas de aventurina; las almecinas, granitos de oro; las marjoletas, gruesas cuentas de coral, y sobre las uvas transparentes revolotean las avispas, zumbando, ebrias de azúcar, y la bermeja piel de los pimientos reluce como bruñido jaspé. Es precioso el puesto de fruta, teniendo por fondo la puerta de la catedral, bordada y afiligranada, cuajada de estatuas de santos en hornacinas góticas, y de labores maravillosas de tracería y hojarasca.

\* \*

De noche, á la luz de la luna, la catedral más bella aún. La luna es el complemento eterno (aun hoy que el romanticismo ha perdido actualidad) de ciertas perspectivas que llevan en sí un romanticismo natural, inevitable. Solitarias ó punto menos las toledanas callejas, buscamos en ellas el farolillo del Cristo, la reja de la *Virgen de los alfileres* y el efecto de la luna sobre los adornos y realces de la catedral (una de las más hermosas de España, á pesar de los pegotes neogriegos que la afean y deshonran). La luna, pródiga de su blanca claridad, acude puntual á la cita, inunda y baña las agujas de las torres, y las presta fantástico relieve, de soñada decoración. Y disfrutando la apacibilidad del instante en que el calor remite un poco — de diez á once y media — libre ya de la insoportable chiquillería toledana que acosa al viajero pidiendo en su jerga un *canguisú* — á estas horas las madres los habrán acostado, previo un huevo y un merecido azote, — me entretengo en vagar sin objeto alguno, por rincones y callejas, como cierto personaje de la novela *Angel Guerra*, de Galdós, sólo que más á gusto y saboreando más los recuerdos que Toledo evoca siempre.

EMILIA PARDO BAZÁN